



El dulce vicio de escribir



Sylvia Plath (1932 – 1963) poeta intensa y excepcional. Nació en Boston y se suicidó en Londres. La mayor parte de su producción, que incluye poesía y narrativa, además de cartas y diarios, fue publicada póstumamente por quien fuera su marido, el también gran poeta Ted Hughes.

La carta aquí reproducida, está dirigida a la madre de la poeta, al otro lado del Atlántico. Está fechada en Cambridge exactamente cuatro meses después de su matrimonio y permite avizorar su temperamento y ver la intensidad con que Sylvia encaraba el amor y la vida. Se ve también la angustia y, hacia el final, esa obsesión tan suya por la fama y el reconocimiento de su escritura.

16 de octubre, 1956

Queridísima madre:

Nuestro fin de semana en Londres me ha conferido una nueva calma y ha disipado la salvaje depresión que me sofocaba por hallarme separada de mi marido por primera vez. Casi empezó con una pesadilla. Lo había arreglado todo para que Ted viniera a esperarme a la estación de King's Cross a eso de las siete y media, pero cuando descubrí que él llegaría a la terminal del autobús a las siete, decidí tomar un tren que salía más temprano e ir a esperarle a Liverpool Street. Le escribí diciéndoselo, pensando que, si no recibía mi carta, yo llegaría a la terminal de autobuses poco después de las seis y todo iría bien. Pero estuve esperándole desde las seis hasta las ocho y el autobús llegó, pero él no. Los inspectores de la terminal se portaron como unos cretinos y lo más que pude sonsacarles fue que no se había producido ningún accidente. Estaba frenética, sin comprender por qué Ted no había venido en ninguno de ellos; pues sabía que había hecho la reserva. Así que hecha una furia y un mar de lágrimas, me dejé caer sollozando en un taxi y durante veinte minutos estuve rogándole que se diera prisa en llegar a King's Cross, para comprobar si, por milagro, Ted estaba allí. Me sentía enferma, sin saber qué hacer aparte de gritar y gritar... mientras pasábamos por las calles de Londres. Bien, resumiendo mi historia, entré a la estación de King's Cross y me encontré en los brazos de Ted. Había descendido antes del autobús, para así verme más pronto, y estaba muy preocupado al constatar que yo no había llegado en ese tren; no había recibido mi última carta. Me pareció la persona más hermosa y querida en el mundo; todo se iluminó, al taxista le nacieron alas, y todo se arregló.

Durante dos días sublimes paseamos de un lado al otro, sentándonos en los parques, merodeando por las librerías, leyendo en voz alta, comiendo fruta y disfrutando de nuestra mutua presencia. Por fin, ahora me parece que podré trabajar y concentrarme y soportar este año tan estoico.

Ted grabará en la BBC el 24 de octubre, así que podré volver el 27 para celebrar su cumpleaños con él; una última reunión antes de que se vaya a España.

Esta semana he escrito varios de mis mejores cuentos, que él escuchó y criticó allí en Londres. El mejor de todos: "The Invisible Man" (El hombre invisible). Tengo mis esperanzas puestas en él; trata de un hombre encantador, extrovertido y versátil, invisible sólo para sí mismo... y todo lo que le pasa. Quizá se convierta en un clásico también, a añadir al hombre que no tenía imagen en el espejo de Peter Schlemiel y al de Hoffman; no puedo esperar el momento de mandarlo. Me encantan tus cartas; sólo nos faltan ocho meses para estar en casa. Mis bendiciones a Warren y cariños al abuelito.

Tu hija

Sivvy

